

Nuevas formas de hacer historia¹

Elina Rostan | Profesora de Historia.

«La historia no es más que lo que hacemos de ella; no ha dejado de cambiar, pues su horizonte no es eterno.»

Paul Veyne (1984)

En el presente artículo intentamos realizar una breve síntesis sobre algunas de las transformaciones operadas en el campo disciplinar de la Historia, entendiendo que ciertas características epistemológicas de la Historia como práctica y escritura de los historiadores, son relevantes para pensar sobre la enseñanza de la misma.

Si pensamos que la Historia tiene una relación fundamental con la memoria colectiva social y por lo tanto con la identidad de una sociedad, entonces la tarea de enseñar Historia resulta fundamental. Inclusive, como sostiene el profesor e historiador Gerardo Caetano (2000:3): *«la construcción del pasado es una disputa de poder y en la construcción de esa memoria colectiva los educadores han jugado un papel más importante que los propios historiadores»*.

Una de las primeras narrativas acerca del pasado histórico a la que acceden los niños y jóvenes es en el ámbito escolar, por lo tanto este trabajo pretende brindar un desafío y una oportunidad para reflexionar sobre las relaciones necesarias entre el conocimiento histórico disciplinar y el escolar.

En la actualidad, la Historia como conocimiento se caracteriza por multiplicidad de paradigmas, fragmentación de modelos interpretativos y diversas estrategias de investigación, pero las mismas no hacen más que demostrar pluralismo y oportunidades para acercarse a la complejidad de la retrospectiva hacia el pasado.

La historia disciplinar: recorrido por los cambios

¿Cuáles fueron y son algunas de las transformaciones de la Historia como disciplina? En estos últimos años, la misma ha vivido una conmoción en sus fronteras y límites, al tiempo que *«el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso»* (Burke, 1996:12). Se han presentado **nuevos problemas** y esto, a su vez, ha generado **nuevos métodos e instrumentos**, provocando una verdadera “revolución documental” en el campo de la Historia.

¿Qué oportunidades ofrece la Historia hoy a quienes la producen, a aquellos que la leen o a los que la enseñan como asignatura escolar?

Intentaremos realizar una suerte de panorámica sobre algunos de estos asuntos y acerca de las nuevas formas de “hacer la historia”, poniendo atención en ciertas variedades y perspectivas de la producción histórica contemporánea.

La historia positivista

La subjetividad nacional conformada en el siglo XIX por los Estados nacionales emergentes concedió a la Historia, en tanto institución, el fundamento del lazo social, en el entendido de que lo que convertía a un pueblo en nación, era su pasado en común. Pero como no es este

por sí mismo el que produce el lazo nacional, esta ficción ideológica necesitó del discurso del historiador que *«(...) instituye ese pasado como común en el presente»* (Lewkowicz, 2005:28).

Por lo tanto, ese contexto asignó a los historiadores el rol de defensores de los “derechos de la nación” y de constructores cívicos, en el marco de un proceso que remite a la conformación de “historias nacionales” que acompañaban la aparición de nuevos Estados.

La escuela como institución disciplinadora del Estado moderno jugó un papel fundamental en relación analógica con la historia disciplinar, constituyéndose en uno de los espacios relevantes para la formación de la ciudadanía e identidad nacional.

Además de las conmemoraciones que formaron parte del ritual escolar, la enseñanza de la Historia como **asignatura escolar** fue un dispositivo central como relato organizador de los **orígenes de la nación** y de la identificación de los **próceres** que la produjeron.

Esta perspectiva escolar coincidiría, en algunas de sus particularidades, con lo que se llamó la **“historia positivista”** o el nacimiento de la “historia científica” a fines del siglo XIX.

Sintéticamente, esta Historia se caracterizó por privilegiar el **ámbito de lo político** como objeto de estudio, en tanto que la centralidad de su discurso fue la **narración de los acontecimientos**.

Puesto que su mirada se orientó, casi invariablemente, hacia el ámbito de lo **público** y lo político, los protagonistas de esta Historia fueron los **“grandes hombres”** gestores de las “grandes hazañas” que conformaban su relato.

Los historiadores positivistas atribuyeron al documento un estatuto de “verdad” y objetividad, basado en su carácter oficial y público, que restringió el ámbito de la pesquisa de otra clase de fuentes.

Esta relación con el documento proyectó la posibilidad de hacer una “historia objetiva”, dada por el método positivista y el estatuto de los **“documentos escritos”**. Esta aspiración se traduce en la fórmula de L. von Ranke: *«(...) el historiador no se propone más que describir las cosas tal como fueron»*.

La respuesta a la “vieja historia”: “la nueva historia”. Itinerario de las novedades

En 1929, los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre fundan los *Annales d'Histoire économique et sociale*. Esta revista, en sus múltiples artículos, será una respuesta al paradigma tradicional de la historia positivista, a la vez que la propuesta para una renovación de la disciplina.

Indudablemente, la escuela de los “*Annales*” y sus diferentes generaciones trazaron algunas de las maneras de hacer la “Nueva Historia”, como la llamaron sus integrantes y los historiadores posteriores.

Asimismo, desde ese momento a la actualidad, otras escuelas historiográficas más allá de Francia también plantearon nuevas formas para la construcción del conocimiento histórico.

En una síntesis sumaria, intentaremos presentar algunas de las renovaciones que se produjeron en el campo de la producción historiográfica contemporánea.

¹ Parte de este artículo pertenece a un trabajo más extenso, publicado en el libro: FIORE FERRARI, Eduardo; LEYMONIÉ SAENZ, Julia (2007): *Didáctica práctica para Enseñanza Media y Superior*. Montevideo: Ed. Grupo Magro.

Entre las novedades impulsadas por los “*Annales*”, la redefinición del objeto de estudio, de la metodología y la relación con otras disciplinas sociales tales como la Geografía o la Sociología, pueden operar como una especie de punto de partida para observar ciertas renovaciones que presenta la disciplina.

En primer lugar y en relación con el **objeto de estudio**, la ampliación del mismo hacia espacios insospechados será una de las características de la renovación, partiendo del supuesto de que “todo tiene una historia”. Bloch (1952:21) decía con respecto a la elección del historiador: «No nos veda de antemano ningún género de investigación, ya se proyecte de preferencia hacia el individuo o hacia la sociedad, hacia la descripción de las crisis momentáneas o hacia la búsqueda de los elementos más durables (...)».

La ambición de la “historia total” de los “*Annales*” se tradujo, posteriormente, en una gran variedad de **nuevos temas** que antes no parecían ofrecer interés como objeto de estudio. Los olores, el cuerpo, la lectura, la locura, la muerte, la salud y la enfermedad, entre otros, fueron lugares que comenzaron a ser visitados e interrogados por los historiadores.

La ampliación de la mirada hacia nuevos temas trajo como consecuencia una **expansión en el campo de las fuentes**. La noción de documento se amplió, ubicando al historiador de una manera diferente con respecto a las fuentes.

Jacques Le Goff sostiene que se ha producido una «verdadera revolución documental que es a la vez cuantitativa y cualitativa» (Le Goff, 1991:232). Los nuevos problemas generaron novedad en el campo de los instrumentos. Las transformaciones culturales o los temores de una sociedad, por ejemplo, pueden ser develados a través de una “historia clínica”, como lo ha demostrado para el caso uruguayo José P. Barrán en *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*.

Pruebas estadísticas (cifras de comercio, de votantes o de la población) documentos visuales, orales y materiales, entre otros, entraron al campo de análisis de los historiadores revelando nuevas posibilidades y también nuevos problemas en la medida en que las cualidades de estos “nuevos documentos” necesitaron también de formas específicas de interpretación.

Nuevas formas de hacer historia

Como dice Raymond Aron (1983), «por esa extensión de la curiosidad» también se **renovó el método**. En muchos casos, los historiadores buscaron metodologías provenientes de otras disciplinas como, por ejemplo, la Economía o la Antropología.

Los métodos cuantitativos empleados por los historiadores económicos y demográficos permitieron la ampliación del conocimiento histórico. La llamada “historia serial francesa”, por ejemplo, se extendió «(...) gradualmente del estudio de precios (en la década de 1930) al de la población (en la de 1950) y al denominado “tercer nivel” de la historia, el de las mentalidades religiosas o seculares» (Burke, 1996:30).

Al mismo tiempo aparecieron **nuevos espacios**, y **nuevos sujetos** sociales entraron al campo de la historia. El interés por otros ámbitos -por ejemplo, el ámbito de lo privado- generó también la aparición de otros sujetos vinculados a él, como los niños o las mujeres. En este último caso, la Historia desde la perspectiva del género ha realizado una importante y cuantiosa producción en los últimos años.

El espacio público, a su vez, fue resignificado por el estudio de otras dimensiones como, por ejemplo, la fiesta.

La atención por otros actores sociales también se manifestó en un **enfoque histórico** que se ha denominado “**historia desde abajo**” o, de acuerdo con la terminología del historiador Eric J. Hobsbawm, la «*historia de la gente corriente*».

Esta perspectiva, iniciada en Inglaterra en la década de los sesenta por un grupo de historiadores marxistas, ha ampliado el análisis del pasado, permitiendo la entrada en escena de otros protagonistas hasta el momento olvidados. La clase trabajadora fue su centro de atención, al igual que para sus colegas franceses, como Albert Soboul, lo fueron las clases populares urbanas y su papel en la Revolución Francesa. Para estos historiadores, la **dimensión cultural**, el **problema de la dominación** y el **conflicto** tendrán un rol central en sus preguntas. Además, desde esta perspectiva, los conflictos no solo se manifiestan abiertamente, sino también mediante las sutiles resistencias “encubiertas” en la experiencia cultural cotidiana.

Pero el análisis de la vida de la “gente corriente” en el cambio social, no solo se limitó a la era de las revoluciones, sino que también otros historiadores se interesaron por los campesinos de los siglos XIV y XV.

La renovación en el análisis de las fuentes permitió que desde fines de la década del setenta se estudiaran otros grupos. La interpretación de las actas inquisitoriales, por ejemplo, dio la oportunidad de conocer el mundo cultural de los campesinos del siglo XIV o XVI, como lo demuestran los trabajos de los microhistoriadores italianos C. Ginzburg y G. Levi.

Si bien la Microhistoria italiana reconoce su tradición marxista, nuevamente se revén ciertos presupuestos, inclusive en relación a los planteos de Thompson. Continuando con la perspectiva del conflicto y las estructuras de dominación, los microhistoriadores apuntan la mirada a la apropiación cultural por parte de los **sujetos** y sus **múltiples respuestas culturales**. Pero, a diferencia de los historiadores ingleses, la clase social no es vista como una categoría con una conciencia homogénea.

Otra tendencia desde la “historia cultural” se apropió de algunos recursos interpretativos de la Antropología. Así lo hace R. Darnton, aplicando la “*descripción densa*” -método etnográfico propuesto por el antropólogo C. Geertz- en la reconstrucción de algunos aspectos de la historia de la cultura francesa.

Desde esta perspectiva, «los fenómenos culturales son tratados como un hecho semiótico, constituido por un entramado de relaciones de producción, circulación y recepción» (Lorenz, 2005:12). Por lo tanto, las manifestaciones culturales, visibles en una variedad de prácticas y situaciones con alto contenido simbólico, pueden ser leídas como un **texto**. El universo cultural de hombres y mujeres en el pasado es, en definitiva, para la **historia etnográfica**, un texto cuya lectura supone desentrañar los símbolos, su significado y su uso, teniendo en cuenta la complejidad y su carácter polisémico.

El papel del análisis de la cultura como interpretación es central en esta tendencia, que considera que los textos deben ser relacionados con el contexto plagado de significados, además de entender que el propio **texto es una mediación**. 

Bibliografía citada

- ARON, Raymond (1983): *Memorias*. Madrid: Alianza Editorial.
- BLOCH, Marc (1952): *Introducción a la Historia*. México: F.C.E.
- BURKE, Peter (ed.) (1996): *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- BURKE, Peter (2000): *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- CAETANO, Gerardo (2000): “Valores y problemas de la enseñanza de la historia”. Entrevista en *Revista de la Educación del Pueblo*, N° 79.
- GEERTZ, Clifford (1992): *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- HOBBSAWM, Eric J. (2008): *Sobre la historia*. Barcelona: Ed. Crítica.
- LE GOFF, Jacques (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Ed. Paidós.
- LEWKOWICZ, Ignacio (2005): “Escuela y ciudadanía” en C. Corea; I. Lewkowicz: *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- LORENZ, Federico (2005): Curso de posgrado “Enseñanza de las Ciencias Sociales: construcción del conocimiento y actualización disciplinar”. Clase 5: “La Historia como ciencia social: ¿mirar las sociedades o a los individuos?” Buenos Aires: FLACSO.
- VEYNE, Paul (1984): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza Editorial.

"Historias mínimas: hacer historia sobre la vida cotidiana"

Entrevista a la historiadora y profesora Milita Alfaro

Conversamos con la investigadora Milita Alfaro sobre una producción historiográfica novedosa, algunos ejemplos de esta forma de hacer historia a nivel nacional y ciertas posibilidades que puede ofrecer para la enseñanza de la Historia escolar.

Elina Rostan: ¿Qué significa hacer "historia sobre la vida cotidiana" desde el punto de vista historiográfico?

Milita Alfaro: Desde hace algún tiempo, nuestra historiografía viene experimentando un significativo proceso de renovación que se expresa en la irrupción de toda una serie de enfoques inspirados en una mirada nueva, más atenta a los sujetos que a las estructuras. En ese contexto, hacer historia de la vida cotidiana supone una manera distinta de interrogar al pasado, nacida de la constatación de que, si nos limitamos a hacer una historia macro que solo ponga el acento en los grandes procesos estructurales, los sujetos concretos, los hombres y mujeres de carne y hueso, y sus formas de vivir y de sentir, se pierden o se desdibujan.

E. R.: ¿Qué nuevas dimensiones sobre las sociedades del pasado aporta este tipo de enfoque?

M. A.: Aunque tradicionalmente lo cotidiano pudo considerarse como un ámbito de escaso interés para el investigador, una suerte de "patio trasero de la historia", las nuevas tendencias

historiográficas se han encargado de demostrar hasta qué punto los rituales y las rutinas del diario vivir configuran una oportunidad privilegiada para adentrarnos en la riquísima trama de un microcosmos social y cultural donde, merced a la reducción de la escala, es posible detectar conductas y lógicas sociales que permanecen ocultas u opacadas en otras perspectivas. En virtud de ese giro metodológico que ilumina un sinfín de episodios "menores" en el marco de un mundo social anónimo y masivo, el lente de aumento que me proporciona la cotidianidad habilita una mirada más intensa que da cuenta de la historicidad, de la contingencia y de todo lo impensado e imprevisible que no cabe dentro de los grandes modelos explicativos.

E. R.: En nuestro país, ¿cuáles producciones historiográficas serían un ejemplo de esta forma de hacer historia?

M. A.: La colección que viene publicando Ediciones de la Banda Oriental precisamente bajo el título "Escenas de la vida cotidiana"², de la que ya han aparecido los volúmenes correspondientes al último tramo del siglo XIX y al primero del XX, es sin duda la que se nutre más cabalmente de los postulados teóricos y metodológicos a los que hacíamos referencia. No obstante ello, hay múltiples ejemplos en nuestra producción historiográfica más reciente, que remiten a esa preocupación innovadora: desde el giro fundacional inaugurado por la Historia de la sensibilidad³ de José Pedro Barrán, hasta

muchos de los artículos que componen los tres volúmenes de nuestras Historias de la vida privada⁴; desde la deslumbrante investigación de Yvette Trochon sobre prostitución y modernidad en el Uruguay 1880-1932, hasta mis incursiones en la proyección del carnaval montevideano como relato de los uruguayos desde una mirada distinta.

E. R.: ¿Qué aportaría la "historia sobre la vida cotidiana" a la enseñanza de la historia en la escuela?

M. A.: Entre otras contribuciones muy importantes desde el punto de vista de la reflexión y el análisis, quiero resaltar con mucho énfasis la posibilidad de recuperar tramos esenciales de nuestro pasado desde una dimensión humana que es absolutamente imprescindible para lograr el involucramiento afectivo de los alumnos y las alumnas respecto de procesos que, de otra manera, lucen irremediablemente ajenos y distantes. Como indicio especialmente relevante de ello, en el relato de la vida cotidiana hay lugar incluso para esos eternos ausentes de la historiografía tradicional que son los niños.

E. R.: Podría mencionar algún ejemplo de cómo la dimensión cotidiana serviría como un punto de partida para analizar otros aspectos del contexto histórico...

M. A.: Pensemos, por ejemplo, en la proyección de lo cotidiano desde el punto de vista de los procesos de construcción de las identidades colectivas. En este sentido, creo que es imposible entender la proyección de las sucesivas generaciones que a fines del siglo XIX y a comienzos del XX sentaron las bases teóricas de la nacionalidad, sin atender a la emergencia, en ese mismo contexto, de un vasto repertorio de prácticas y representaciones que, transmutando la idea teórica de "nación" en vivencias, sentimientos y cotidianidad, proporcionaron a aquellos uruguayos y uruguayas una primera experiencia directa de la nacionalidad. En el marco de aquella sociedad en formación que necesitaba imaginarse como comunidad, la escuela fue el ámbito privilegiado para aprender a ser uruguayo, pero también lo fueron el barrio, el fútbol, el boliche, o el tango.

E. R.: Si las formas de hacer historia de los historiadores también fuera un contenido a enseñar, ¿cuáles aspectos metodológicos de este enfoque podrían ser interesantes a tener en cuenta en la enseñanza de la Historia?

M. A.: En contraposición con el discurso del historiador tradicional que se proclamaba dueño de la verdad y presentaba al pasado como algo objetivo y sin opacidades, el investigador actual ha aprendido a asumir las complejidades de su objeto de estudio y las incertidumbres que el mismo le genera. Problematicar el pasado, mostrarlo en todas sus ambivalencias, compartir sus dudas y especulaciones con sus lectores o con su audiencia, renunciar al atajo de cerrarlo en una lectura única y simplificadora, resultan ingredientes imprescindibles de un oficio que quizás se ha tornado más modesto, pero también más plausible y convincente. 

² RODRÍGUEZ VILLAMIL, Silvia (2006): Escenas de la vida cotidiana. La antesala del siglo XX (1890-1910). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

BOURET, Daniela; REMEDI, Gustavo (2009): Escenas de la vida cotidiana. El nacimiento de la sociedad de masas (1910-1930). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

³ BARRÁN, José Pedro (1989): Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Vol. 1: La cultura "bárbara" (1800-1860). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

BARRÁN, José Pedro (1990): Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Vol. 2: El disciplinamiento (1860-1920). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

⁴ BARRÁN, José Pedro; CAETANO, Gerardo; PORZECANSKI, Teresa (directores) (1996): Historias de la vida privada en el Uruguay. Tomo 1: Entre la honra y el desorden 1780-1870. Montevideo: Ed. Santillana/Taurus.

BARRÁN, José Pedro; CAETANO, Gerardo; PORZECANSKI, Teresa (directores) (1996): Historias de la vida privada en el Uruguay. Tomo 2: El nacimiento de la intimidad 1870-1920. Montevideo: Ed. Santillana/Taurus.

BARRÁN, José Pedro; CAETANO, Gerardo; PORZECANSKI, Teresa (directores) (1997): Historias de la vida privada en el Uruguay. Tomo 3: Individuo y soledades 1920-1990. Montevideo: Ed. Santillana/Taurus.